
Tapera Humana

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7541

Título: Tapera Humana

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 11 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 11 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Tapera Humana

Mal resguardado por la sombra escasa de una triguera escuálida, don Paulino observaba distraídamente, sin emoción y sin interés, la dilatada cuchilla que se extendía delante suyo como un océano, sin término visual.

Era un mar amarillento, de cuya superficie inmóvil brotaba un vaho blanquecino, muy tenue, pero incesante, y de un brillo insorpotable para otros ojos que no fuesen los ojos aguileños del viejo gaucho.

El sol hacía estremecer bajo su beso de fuego a la tierra fecundada.

En el sopor del mediodía estival, ni una brisa ni una ala batían el aire inmóvil.

Todos los músculos estaban en reposo y todas las gargantas estaban mudas y todos los seres respiraban fatigosamente, oprimidos los pechos por la rodilla brutal del bochorno.

¿Por qué causa el paisano, despreciando el alivio de la siesta permanecía allí, sentado en un banquito, sufriendo la resolana?...

Entre los labios secos y descoloridos sostenía el «pucho» de un grueso cigarro de tabaco negro. Debía hacer mucho tiempo que estaba apagado, porque cuando quiso retirarlo para encenderlo de nuevo, el papel encontrábase de tal modo adherido al labio, que le produjo un despellejamiento doloroso.

Aquello pareció sacarlo del abismamiento. Aplicó el dedo a la parte dolorida y advirtiéndolo ligeramente teñido de rojo,

musitó con amarga sonrisa:

—¡En tuavía tengo sangre!... ¡Yo créiba que ya nu había más que yel en el cuerpo del viejo Paulino!...

En seguida púsose a palpar y a observar, primero los brazos, después las pantorrillas. En unos y en otras, los músculos habían casi desaparecido. Una piel negra, rugosa, reseca, cubría la potente armadura ósea.

—Tuito se va secando,—dijo con expresión extraña, mezcla de amargura y de contento.

Y luego:

—¡Pensar que no había coronilla, por viejo y morrudo que juese, capaz de resistir cinco golpes de hacha dados por estos brazos que aura no tienen juerza pa llevar un jarro de agua a la boca!... ¡Y pensar qu'estas piernas aguantaban el seco de un novillo de cuatro años y no se despegaban del lomo del bagual más grande y más bellaco!...

Tomó los abíos, obtuvo fuego con gran dificultad, encendió el pucho y siguió filosofando:

—Sin embargo, no estoy tan viejo aún, y, en güena ley, debían quedarme tuavía muchas leguas de vida que galopiar... Y no puedo quejarme: cuando un caballo se cansa, no es por lo general, culpa del jinete; pero cuando se «aplasta», sí... Yo aplasté el mío, y tuitas las maturranguiadas se pagan caro...

Con los ojos ensombrecidos por la tristeza volvió a absorberse en la contemplación de campo achicharrado por el sol y a evocar recuerdos.

Veíase en su juventud triunfal luminosa y cruel como ese sol que muerde sin piedad la tierra sumisa. Enamorar, engañar, llenar de pena las almas y de lágrimas los ojos fué el encanto de su vida. Por orgullo, no por perversidad. La

seducción, la conquista, el olvido después, sin remordimientos, sin compasiones por los corazones que quedaban sangrando, de las existencias que quedaban destruidas como tiernas margaritas bajo la presión brutal del casco de un potro.

Pero no hay soberbia que no se rinda ni potro que no se dome.

Carolina, la más insignificante de las mozas del pago, se encargó de vengar a todas las otras. Pequeña, flaca, fea, sin ningún atractivo físico, había aceptado por novio lo único que se le presentó en los treinta años que llevaba: un burdo chacarero napolitano, viudo, vejancón, desaliñado, vulgar, ridículo.

Iban a casarse cuando apareció Paulino. Carolina rechazó sus avances. Él insistió, porfió, enfureciéndose ante aquella inesperada resistencia y concluyó por caer vencido: en vez del viejo y ridículo chacarero, Carolina tuvo por esposo al tenorio del pago, al terrible burlador gaucho.

Lo hizo su esposo y lo hizo su esclavo. Él la odiaba pero no podía resistirla, y en su carácter de vencido, perdida toda esperanza de triunfo, humillado, entregado, empezó a secarse rápidamente, a consumir voluntariamente su vida.

En eso pensaba cuando una voz agria y violenta sonando a su espalda le hizo estremecer y levantarse rápidamente de su asiento.

—¿Qu'esperás pa dir a lavar los platos, haragán?...

Él se irguió, apareciendo como un soberbio ejemplar esquelético ante aquella mujercilla escuálida, de rostro horrible, de ojos perversos, de labios resecos, de boca desdentada, de mejillas cuajadas de arrugas.

Y humildemente, resignadamente, respondió:

—Ya voy, mujer, ya voy...

Y fué.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.